

También a mí me ronda la muerte

Orlando Marín Herrera*

Me dio un no sé qué cuando supe que se había muerto mi sobrino; aquí, en toda la punta del corazón. Pero de eso hace ya algún tiempo. Llegaron, lo sacaron, lo mataron, eso no más. Así de sencilla y fácil es la muerte por acá. Solo se necesita estar vivo, solo eso. Mi hermana me lo contó. Dice ella que los cuatro hombres entraron en la casa con un sigilo de serpientes. Dice que parecían flotar. Dice que parecían de la familia porque hasta fueron atentos, que incluso se inclinaron y saludaron apenas abrieron la puerta. Dice que eran simpáticos, que pensó que eran amigos hasta el último segundo, hasta cuando vio la primera gota de sangre en la cabeza. Ella dice que cree en lo que vio, ella cree que vio lo que dice: “yo lo vi, lo creo y lo sostengo”, dice ella, con esa memoria que tiene.

¿Nunca supo de sus autores? Así es de fácil la muerte por estos lados: una se acuesta tranquila el martes y al día siguiente puede estar haciendo fila india para ir derecho al cementerio. Me duele decirlo, pero para estos casos deberían hacerle el mismo favorcito a la mamá: matarla, por caridad, pues en seguida puede cometer una locura, puede volverse hasta chiflada, o boba si es necesario... Ya conozco yo algunos ejemplos al respecto, claro que sí.

Es difícil la vida por estos lados. Alguien comentó algún día que era la nueva filosofía, pero todo esto es tan antiguo como caminar, como una caricia o un beso. Doña Rosario dice que es la única forma de vivir en paz en este país; sin embargo, según mis cuentas ni en el cementerio se está tranquilo en estos territorios. Lo digo en serio y directamente, no es una de esas lindas frases que suelen llamar metáforas o hipérboles. Lo veo casi todas las noches desde esta ventana que da precisamente a uno de los panteones. Por ejemplo, hay un difunto, digamos, la ceremonia respectiva con sus respectivos llantos, la promesa de nunca olvidarse, esa rosa amarilla que cae limpia de espinas, que cae como el último trozo de sol, lentamente, luego las sombras, esas sombras en los ojos; después, el cementerio vacío. Es un ejemplo no más. No falta el gato negro, ni el perro que ladra en la montaña, entonces entran dos, quizá tres, y buscan con rigor, y escarban con paciencia, sin pena, sin tapujos, y encuentran por fin el diente de oro, un anillo, incluso el cráneo que se estudiará en la universidad.

Es cierto que la mayoría de los muchachos de esta villa andan cada noche en algo extraño, que no es por casualidad que antes de salir de la casa se encomiendan a la Virgen María, incluso Caliche, incluso ahora, aún en este momento, solo que, como a él le gusta la música, se encomienda a Santa Cecilia... ¡Cómo me ha hecho sufrir ese muchacho!, y eso que no es mi hijo, ni siquiera desde que nació, eso todo el mundo lo sabe por acá.

* Bogotá. Escritor y profesor. Autor de los cuentarios infantiles: *Una estrella perdida* y *Victor decide partir*.

Mi hermana me lo decía a diario: “Ojo, hija, que esos muchachos andan en malos pasos”. Nunca creí que les fuera a pasar algo, no a ellos, de pronto a otros, pero no a ellos. Así que no le hacía caso, no sea amargada, déjelos, están jugando, son unos niños.



Una se va enseñando que la juventud dura toda la vida porque se está muchacha y casadera, pero eso es pura paja. Ya a los veinticuatro una mujer empieza a perder su juventud, así que si no aprovechó a tiempo tendrá que ingeniárselas o creer en la reencarnación si espera una segunda oportunidad. A mí me pasó así: que un amor allí, que un ratito acá, que lo bonita que era, todo rico, todo muy sabroso, hasta cuando la firmeza del cuerpo empieza a resbalarse, a formar parte de otros lindos cuerpos. Entonces los romances se distancian, los idilios se alejan, las esperanzas se acaban. De pronto, si una desea tener un hijo para no quedarse sola del todo, sencillo, ya no está la persona que debía hacerlo, así de simple. Por eso Caliche es como mi hijo, incluso ahora. En realidad se llama Carlos, pero eso de "Caliche" se supone que es su alias desde niño. Eso me dijo cuando hablamos la primera vez.

Era delgado, pequeño y hasta feo; sin embargo, tenía una mirada que era como decir mira mamá estos ojos tan lindos que tengo, ¿no te gustaría que te miraran todos los días? ¿Incluso antes de acostarte? ¿No te gustaría un beso sin cerrar los ojos? Eran esa clase de ojos pícaros que con solo mirar van acariciando tan rico, tan fácil.

Tenía doce años cuando empecé a notarlo en la quebrada; mi sobrino, el Mono, solo quince. Venía con un cascarón de guitarra, se sentaba y hacía una música delgada y elástica, esa clase de música que hace recordar la infancia. Al otro lado, acurrucados al lado de las rocas, mi sobrino y sus amigos organizaban con cautela sus trabajos nocturnos. Hasta que por fin Caliche se fue juntando poquito a poco y un día lo vi cantando



Tomada de: <http://www.sxc.hu>

con el grupo. Con el tiempo fue una rutina que empezaba a las nueve de la mañana y terminaba a las once.

Mi hermana me lo decía a diario: “ojo, mija, que esos muchachos andan en malos pasos”. Nunca creí que les fuera a pasar algo, no a ellos, de pronto a otros, pero no a ellos. Así que no le hacía caso, no sea amargada, déjelos, están jugando, son unos niños. Como vivía sola, no me molestaba para nada que organizaran parte de su trabajo en mi salita, tampoco me incomodaba preparar un desayuno o untar mermelada en las galletas de Caliche. Porque eso fue lo que me sugirió el primer día que los invité: ¿Podría comer galletas con mermelada? Como me lo susurró así, con esa simpleza, con esa confianza, me dio la sensación de que era como si se lo estuviera diciendo de cariño a su mamá, así que, por supuesto, todos los días había en su plato galletas con mermelada.

Me empezó a hacer sufrir desde el día en que terminó por quedarse en la casa. Por broma y en serio, dijo: “esta noche me quedo aquí, y habló como si fuera un hombre hecho y derecho”. Yo no dije ni que sí ni que no, pero igual, como ya era tarde en la noche, se recostó en la silla y se quedó tan lindo y tan dormido que a mí francamente me dio pena despertarlo. Era obvio que no tenía dónde quedarse; además, se notaba que había día, ni siquiera lo sugirió, así que terminó por quedarse en el cuartito que tenía listo para alquilar. Yo se lo pago, dijo, para eso trabajo como un burro.

Nunca llegaba temprano, así que mis angustias iniciaban a eso de las ocho y treinta en punto. Sufría como lo hacen las mamás de verdad, porque se persignaba con temor,

porque miraba el reloj, porque me miraba como si nunca más fuera a mirarme. El susto era primero, luego ese hueco en el estómago, como si de pronto alguien dejara allí un vacío profundo, después esa angustia que ya iba durando años. Al amanecer podía llegar pálido, como si viniera con la muerte: es solo el frío, cuchita, solo el frío; en alguna ocasión podía llegar de lo más contento, quizá con un futuro seguro y digno, porque en esta vida lo que hay que tener es plata, y hay que hacerla como sea, si no hay plata no se es nadie, decía, palabras más, palabras menos. ¡Ya no era un niño!, o si, era un niño grande lleno de mis angustias. Y era tan capaz que hasta notaba mis tormentos, “tranquila, viejita, solo salgo a trabajar; si usted se me acongoja de alguna manera me augura algo malo”. Yo le decía sí con un gesto, me sentaba junto a la ventana y aguardaba una, dos, tres horas, hasta que las motos rompían la noche. Entonces la muerte se me hacía lúcida y hasta necesaria por lo lejana, y la vida se me antojaba linda y parecida a una respiración tranquila. Los iba contando: uno, dos tres, el Mono, Caliche. Cada uno entraba a su respectiva casa, con su respectiva alegría. Luego un silencio absoluto. Nada extraño. Todo en paz.

Mi sobrino, el Mono, era el jefe, eso se notaba a leguas. Era el mayor, el más grande, el más pispo, el que hablaba más fuerte, el que proponía. El sí que fue un bandido de verdad, incluso desde bebé. Podría atreverme a decir que algo de más llevaba en la sangre, algo para lo que había nacido, si no, ¿cómo es posible que ya a los seis años hubiera espichado una araña con ese placer con que lo hizo? Claro, también la vida lo iba empujando poco a poco, ¡esta vida tan dura!, y él se dejaba ayudar, para eso nunca fue orgulloso. Por ejemplo a los diez años cumplidos incendió los eucaliptos de en frente; a él le debo la posibilidad de mirar cada noche el panteón.

¡Pero cómo son las cosas de la vida!, si por alguien puedo meter las manos en la candela, es por él, él sí que quería a su mamá. “Todo lo hago por ella”, decía. ¿Todo? Absolutamente todo. Y tenía hasta bien alimentadita a la pobre de mi hermana. Había perdido su empleo a los veinte y ya jamás pudo seguir trabajando de pura pena que le dio, así que duró mucho tiempo flaco, como si hubiera estado haciendo dieta a propósito. Con el tiempo el Mono terminó siendo lo que ahora llaman cabeza de familia. Fue un derecho que se ganó con su trabajo, con ese empeño y esas ganas que le ponía a todo, con esa ilusión de figurar hasta en los diarios. Y sí que tuvo su fama el muchacho, por eso la mitad de la población lo buscaba y la otra mitad le tenía miedo. En la prensa lo mencionaban casi todos los días, sobre todo en esa época en que hubo tanto alboroto en el Capitolio Nacional, y en la foto salía muy simpático, eso sí nadie se lo puede quitar... En cambio a Caliche no lo nombraban ni en la fe de bautismo porque ni eso tenía. Es que definitivamente él había nacido para otra cosa, solo que insistía en hacer lo contrario. Yo miraba sus manos, las acariciaba, luego le decía: ¡Qué envidiable, son suaves y delicadas, como dicen que son las manos de los artistas!

El quiso lo contrario. Y cómo es de extraña la vida. Días antes de que muriera el Mono, Caliche vino una noche y me dijo: “¡Ya soy un hombre, un hombre de verdad!” Estaba tan radiante, pero de verdad, tan hombre, que a mí, además de miedo, me dio un miedo horrible. Busqué la forma de arrancarle una esperanza a la vida, así que pensé para mis adentros: sí, señoras y señores, ya estuvo en la zona de tolerancia, con esas mujeres de vida fácil. No sé cómo, lo cierto es que él leyó o escuchó mi pensamiento, pues me susurró al oído, muy despacio: “por supuesto que no me refiero a eso, soy un hombre de verdad y dicen que solo se necesita empezar, que luego ya no se siente malestar”. Entonces extendió su mano, su mano suave y delicada, y me mostró una gota de sangre como evidencia. ¡Qué lejos parecíamos estar!; sin embargo, solo en ese momento empecé a decirle hijo.

Pocos días después vinieron al amanecer y justo en frente de la casa, a los veintiún años cumplidos, mataron al Mono. Nadie dijo nada, por supuesto, solo la mamá, que lloraba día y noche. A mí me dio un no sé que en la punta del corazón... ¡Qué extraño y qué curioso!, todo el mundo sabía quién lo había hecho, pero nadie se atrevía a señalar. Así es la muerte por estos lados. Se limpia el portón, se barre, se olvida, no quedan rastros y la vida sigue colgando de un hilo... Vuelvo a pensar que para esos casos deberían matar también a la mamá. Yo no fui capaz de ir al entierro; en cambio, la señora Rosario sí lo hizo y me contó que a pesar de que eran tres o cuatro los curiosos, la velación había sido muy linda y que la ceremonia en general fue bonita.

En esta villa, a diario, hay por lo menos un muerto, pero no de muerte natural, claro; son pocos los que mueren viejitos. Yo, desde luego, no podía evitarme la pregunta: ¿Sucederá esta noche? Nunca imaginé de qué tamaño iba a ser mi dolor; ni siquiera lo supe cuando murieron papá y mamá, lo que podría indicar que todavía no había sufrido de verdad.

Algo inevitable se acercaba. Aquí, junto a esta ventana, como aguardo ahora, aguardaba cada noche a Caliche y, como todas las noches, veía merodear gente extraña. En los diarios se decía que estaba a punto de suceder algo definitivo, que por fin los ciudadanos de bien descansarían; ¡Tranquilos!, ya no tienen de qué preocuparse. Y parecía cierto, una quietud asombrosa se posaba en la villa apenas los cu-carrones salían a pasear; la paz tenía la forma de un silencio absoluto, la paz de afuera, claro. ¿Qué calma podía tener yo, esta ciudadana de bien? Solo podía esperar aquí, tras la ventana, y mientras tanto me hacía a la idea de que estaba frente a una pantalla de cine, así que no me era difícil imaginar una película cuando veía un lindo carro amarillo con cuatro hombres dentro, a dos hombres de corbata gris caminar por la acera, o al muchacho del cigarrillo que observaba con disimulo, mientras fumaba, la cortina de mi ventana que apenas se movía.

Sobra advertirlo, los chismes decían que Caliche tenía una famita que daba miedo. Hasta el último momento le dije que nos fuéramos.



Días antes de que muriera el Mono, Caliche vino una noche y me dijo: “¡Ya soy un hombre, un hombre de verdad!” Estaba tan radiante, pero de verdad, tan hombre, que a mí, además de miedo, me dio un miedo horrible.

Quedémonos, me decía con una arrogancia intrépida, es a mí a quien buscan. Y ocurrió en un amanecer claro y pacífico. Con él también se murió mi angustia, así de sencillo es esto por acá. Eran las cinco de la mañana, así que podía ser el lechero, pero no lo era, era el muchacho que fumaba. “Con su permiso, mi señora”; lo dijo con una decencia que me aturdió. Su gesto fue amable y su sonrisa, limpia y sincera; pero... ¿acaso sabe una cómo es un asesino, un asesino de verdad? ¿Debí reconocerlo a tiempo? No sé cómo, lo cierto es que incluso sabía cuál era el cuarto de Caliche porque ese fue el rumbo que tomé. Antes de tocar la puerta ya habían entrado otros cuatro. Ellos son hábiles, conocen cómo son las mamás en estas circunstancias pues ni me hicieron caso, y hasta razón tenían: me quedé tan quieta, tan transparente, tan inmaterial que alguien hubiera podido pasar la mano por dentro de mí y ni se hubiera percatado del tamaño de mi corazón palpitando.

Caliche apretó los párpados una y otra vez, estoy segura de que pensando en la complicidad de un sueño, pero un sueño desagradable. Todavía hoy me sorprende que ellos saquen la gente, ¿por qué no lo harán dentro de las casas? ¿Es obvio? Tiene que ser algo más que la búsqueda del simple temor. Alcancé a ver la cache de un revolver cuando pasaron junto a mí, el largo cuchillo que blandía el muchacho que fumaba, esa sonrisa perfecta, diría yo, como si no fuera a ejecutar a un hombre, sino a hacer su más hermosa obra de arte. Se notaba a leguas que el oficio era profesional, que se había aprendido con calma y tal vez con ganas y paciencia a lo largo de la vida en una academia, por ejemplo, un oficio al que no deberían quedarle pesares, ni siquiera la ruina de una conciencia efímera.

No podré olvidar el rostro de Caliche, sus lindos ojos, esa mirada que me decía qué me van a hacer, “ayúdame, madre, ayúdame, no me dejes solo, no en este momento”. Y era cierto: jamás, estoy segura, había estado tan solo; yo tampoco había estado tan, pero tan sola, estoy segura. Y me atreví a pensar, y todavía dentro de mí me decía “vámonos, vámonos de aquí, vámonos pronto, vámonos ya”.

Y entonces se fue, para siempre.

¡Cuánto me ha hecho sufrir este muchacho! ¿Por qué habló así? Claro, es para que esté aquí, conmigo, para que siga aquí, a mi lado, aguardando conmigo, para que comprenda que tengo un no sé qué en todo el corazón... Sí, está justo en frente de mí, y para siempre. Y aguarda conmigo.

Hemos aguardado varios días. Ya los he visto rondar otra vez y no es para menos. Le he dicho a la señora Rosario, que es como decir a todo el mundo, que me voy a vengar. Y ellos, por supuesto, con esa inteligencia que tienen, lo terminan por saber todo. No es casual que antier y extrañamente al amanecer alguien viniera a preguntar si aquí vivía la señora Carmen.

Sí, soy yo, ¿qué se le ofrece?

El señor, que parecía de buena familia, dijo: ¿no es aquí donde alquilan un cuarto?

Ellos se las saben todas. Sigo aguardando, porque es que... voy a ser una mujer de verdad, así como mi hijo empezó a ser hombre un día. Tengo aquí, bien calentita, la pistola. Ya lo decía yo: para estos casos deberían matar también a la mamá, no sea que se vuelva loca y haga una locura. Aguardo con Caliche, desde muy temprano, porque de seguro me voy a llevar a uno, mínimo. Por fin sabré qué se siente; además, dicen que solo se necesita empezar. ¡Qué mejor si es el que fuma!, no quiero que dure mucho ni que se muera de cáncer... ¡Ah!, qué puntuales, ahí vienen. ¡Oh, qué dicha, el del cigarrillo es el primero...! ¡Y está tocando el portón...! ■